

La calle  
Diario de un espectador  
Polvo

para el miércoles 5 de mayo de 2010

por miguel ángel granados chapa

Benito Taibo dedica su obra más reciente a su padre, Paco Ignacio Taibo I, “por poner la mano en la espalda y ayudarme a saltar”. Explorador de muchos terrenos, Benito Taibo ha podido combinar su ya larga función como coordinador nacional de difusión del Instituto nacional de antropología e historia con el ejercicio de la narración. El resultado es *Polvo*, su primera novela, que lleva como subtítulo explicativo la siguiente frase: “Un país en guerra, un niño milagroso y un ojo que todo lo ve”

El autor de milagros que es uno de los ejes de la novela es el Niño Fidencio, un mito, un personaje de los años veinte en el norte de México. La guerra obviamente es la de los cristeros contra el gobierno de Calles (o viceversa). Aunque no corresponde a un pasaje medular de la narración, compartiremos con nuestros lectores párrafos del capítulo XIII, que se llama “La sangre de los trópicos. Acapulco 1921” porque se trata de un espléndido ejercicio de estilo, Ese modo de narrar se extiende a lo largo de todo el libro pero aquí vale por la prosa misma, no tanto por lo que cuenta, que no es mucho, como verá el curioso lector:

“El destino es veleidoso. Te menea como a un muñeco de trapo colgado de una palmera en medio del huracán. Pero en cuanto define camino, es implacable. No puede huir porque sabes que todos tus esfuerzos por alejarte de él te acabarán poniendo en el mismo lugar en el que estabas, colgado de la misma palmera a merced de los vientos, tal vez un poco más sabio, un poco más maltrecho. Las cicatrices sirven para recordarte que vendrán nuevas cicatrices. Dice mi amiga la Moliner que el destino es la fuerza a la que se le atribuye la determinación, de manera inexorable, de lo que va a ocurrir. Así sea.

“Armado, con pistola y con traje, lo siguiente que me merecía era un sombrero. Sebastián Guadamur era el dueño de la mejor (y única) sombrería del puerto de Acapulco, que en el año 1921 exhibía en dos vitrinas enormes una impresionante variedad de jipijapas, panamás, tejanas, gorras, cachuchas, *stetsons*, *dobbs*, *baldwins*, chinacos, sombreros de charro, de cuatro pedradas y otros muchos cuyos nombres desconozco pero que no eran menos impresionantes que los anteriores. Desde que crucé el umbral de Sombreros Guadamur me asaltó el absurdo interrogante de cómo pude vivir tantos años sin una maravilla de esas cubriéndome la cabeza. Me los probé todos. Incluso Un par de gorras tramperas forradas con piel de castor que obviamente no son apropiadas para los trópicos, pero que sin duda son muy lucidoras.

Dos horas después, ante el evidente disgusto de Guadamur, que me miraba con ojos displicentes y con la soberbia y suficiencia implícitas en los entendidos en la materia, me decidí por un panamá de ribete tejido, que me sentaba de maravilla y que me hacía parecer unos años mayor. El problema se suscitó cuando se me ocurrió preguntar, ingenuamente, el precio de esa joya que me daba vueltas entre las manos como si

estuviera viva. ¡Dieciséis pesos! No lo solté de milagro, a pesar de que su contacto me producía la misma sensación que un hierro candente. En mi vida había visto tanto dinero junto, ni lo tendría, por como veía las cosas. Se lo devolví, como supongo depositan en las manos el cetro de un rey, con delicadeza y temor absoluto, balbuceando disculpas. Guadamur me miraba de arriba a abajo, sopesando las circunstancias...” .